

Los ojos de los mortales,
Y la pradera esmaltada,
De flores que una agua pura
Riega y embellece el aura
Del pudor y la inocencia.
A la becerra agraciada
Que sale de fresca gruta,
Y errante por la montaña,
Al son de rústica avena
Retoza y la yerba pasta,
Era yo antes perecida;
Ahora triste y solitaria
Sobre la colcha infelice
De Ceres (3) me hallo acostada
En negra prision cautiva.

Mas hay de mí infortunada!
Cantar quiero como alondra;
Y suspiro como flauta
Tañida en pompa funérea.
Y no obstante visto galas
De esposa, y pronto mi seno
Sentirá maternas ansias
Y gozos de madre; un hijo
Se reposará en mi falda
Como tímida avecilla
Se refugia bajo el ala
De su madre; yo tambien
Soy avecilla robada
Por fuerza al nido paterno.

¡Padre mio, cuánto tardas!
¡No vienes esposo mio?
¡Si las Musas y las Gracias
Fuera lícito invocar!
¡Si pudiera las entrañas
Interrogar de la víctima!
Pero yo ofendo insensata
Un Dios que conozco apenas,
Mas que internamente me habla
Al corazon: reposemos
En su poder y su gracia.

XXXIX.

Así cantó la virgen inocente,
Y la noche su manto iba tendiendo
Por Roma embriagada. De repente
Se abre su calabozo con estruendo,
Y con fracaso de armas entrar sienta
Al Centurion encargado de ir leyendo
El edicto que á muerte condenaba
Los Santos que la cárcel encerraba.

XLI.

Cual tímida paloma, sorprendida
Por diestro cazador en la hendidura
De la peña, de miedo poscida,
Quda inmóvil, y no osa á la llanura
Del cielo desplegar su ala bruñida;
De esta suerte la Homérida en la oscura
Prision se quedó yerta en el asiento,
De pasmo y de terror falta de aliento.

XLI.

Mas luego que encendió luz un soldado,
 ¡O prodigio! La vírgen conociera
 A Doroteo en traje disfrazado
 De Centurio! á su vez él considera
 La esposa de su amigo en el sagrado
 Hábito del martirio! Jamas fuera
 A sus ojos tan bella y tan divina
 Como con esta ropa peregrina.

XLII.

La túnica azulada, el negro manto
 De su tez realzaba la blancura;
 Sus bellos ojos, húmedos del llanto,
 brillaban con angélica dulzura;
 Su cuello se inclinaba del quebranto
 Como se ve á la orilla de agua pura
 Nareiso tierno en dia caluroso
 Su babeza doblar al sol fogoso.

XLIII.

En sollozos prorrúmpe Doroteo
 Y la tropa de fieles que consigo
 Llevó á la cárcel con marcial arreo.
 “¡Eres tú compañero y fiel amigo!
 “Esclama la doncella: al fin te veo,
 “Generoso mortal, á cuyo abrigo
 “De mi patria salí! Llévame ahora
 “Con mi padre y aquel que mi alma adora.”

XLIV.

Doroteo: “huyamos, sí, huyamos;
 “Esta toga vestid en el momento,
 “Y tan solo un instante no perdamos.
 “Si con este disfraz y fingimiento
 “Hasta este sitio penetrar logramos,
 “No tardará el Centurio que el sangriento
 “Edicto os notifique de la muerte;
 “Pues tal de los cristianos es la suerte.”

XLV.

“La suerte! ¿y esa suerte alcanza á Eudoro?
 “Prorrúmpe la doncella con espanto;
 “Habla, dí la verdad; jura. . . yo ignoro
 “Cual es el juramento sacrosanto
 “Del cristiano; mas de ese Dios que adoro
 “Y prohíbe mentir, el libro santo
 “Ahí lo tienes: las manos en él jura
 “Que la vida de Eudoro está segura.”

XLVI.

Doroteo con llanto y voz cortada:
 “Muger, ¿acaso quieres te refiera
 “La gloria que ya cubre sublimada
 “A tu esposo, y la palma que le espera?”
 Como encina del rayo traspasada
 Cimódoce tembló. “Ay! respondiera,
 “Ya te entiendo; tu voz como buido
 “Puñal dentro mi seno ha descendido.”

XLVII.

“Su fé confesó Eudoro; eruda muerte
“Ferozes bestias le darán mañana.
“¡Y quieres que no siga yo mi suerte.
“¡Aconséjame huir siendo cristiana!
“Yo siento una esperanza que me advierte
“De otra dicha y belleza soberana.
“Si débil otra vez amé esta vida,
“La muerte me es ahora mas querida.

XLVIII.

“No, no en vano, á tu vista, la onda pura
“Del Jordan en mi frente habrá corrido.
“Salve, salve, sagrada vestidura,
“Cuyo precio hasta aquí no he conocido!
“Ya lo sé, ropa santa! la tintura
“De sangre que mañana habré vertido,
“Hará que ante mi esposo comparezca
“Mas digna, y su inmortal gloria merezca.”

XLIX.

Hablando así, Cimódoce llevaba
El vestido á su labio, y con extremos
De entusiasmo divino lo besaba.
Doroteo: “pues todos moriremos
“Si no quereis seguirnos; dí, acaba
“El Centurio vendrá, todos diremos
“Nuestro nombre, y mañana de esta suerte
“En el circo por tí nos darán muerte.

L.

“Mas qué! ¿quieres morir sin dar consuelo
“A tu padre, ese padre tan querido
“Que va á quitar la vida el desconsuelo?
“Ay! que al verle, el cabello encanecido
“Manchado, con el polvo, por el suelo
“Arrastrarse, hacer giras el vestido,
“Al pié de esta prision puesta en espera,
“¡Cuánto tu corazon se enterneciera!”

LI.

Como hielo que el frio congelante
De una noche de Abril sola ha formado,
Se derrite al fulgor del sol radiante;
O como flor que rasga el delicado
Capullo que la encierra; así al instante
La vírgen de propósito ha mudado;
Así el amor filial brota y florece,
Y su primer intento desvanece.

LII.

La vida esponer teme del cristiano
Generoso; á la muerte marchar no osa!
Sin dar algun consuelo al padre anciano.
Un momento se queda silencioso
Para escuchar al ángel soberano
Que la habla interiormente, y misteriosa,
Como el que algun sublime plan medita:
“Vamos á ver mi padre!” luego grita,

LIII.

El cristiano á esta voz con mano presta
De la vírgen cubrió la rubia coma
Con un yelmo, y la adapta una pretesta, (4)
Traje que el doncel noble viste en Roma:
Ver hubieses creído la modesta
Camila, ó bello Ascanio. Luego toma
La tropa de la cárcel la salida,
Y la gana sin ser reconocida.

LIV.

Puesto el pié en los umbrales, en la oscura
Noche la fiel escolta se dispersa,
Y el santo Zacarías se apresura
A dar la nueva á Eudoro. La perversa
Intencion del juez Festo y la impostura
De la carta que á Eudoro escribió adversa,
Era al mártir notoria, y de este lado
Se hallaba de gran pena consolado.

LV.

Mas cuando oyó decir que la cordera
Del antro del leon habia salido,
De súbito contento un grito diera
Por los Mártires santos repetido;
Que á todos igualmente entristeciera
El duelo de que estaba poseido:
Serenos ya, tan solo se trataba,
De la muerte que á todos esperaba.

LVI.

Gracias rinden al Todopoderoso
Que salvó á Joás de manos de Atalia!
Luego vuelve el discurso religioso
Y exhortacion piadosa; discurria
El osbispo de Esparta majestuoso,
Victor fuerte, Ginés con alegría,
Enérgico Perseo; Tráseas tierno,
Gervasio con uncion y amor fraterno;

LVII.

Los jóvenes y viejos Confesores,
Al soplo del Espiritu animados,
De su virtud derraman los olores,
Y ofrecen reunidos y mezclados
De ciencia celestial frutos y flores:
Tales ves de Campania los sembrados,
Donde el sabio cultor sembrára el trigo
Junto al olmo de vid frondosa amigo.

LVIII.

Bien pronto la macolla va trepando
Para tocar la cepa que, al arrimo
Del árbol, á su turno va inclinando
Hácia la roja espiga su racimo;
Un zéfiro del cielo balanceando
De la caña y la vid el fruto opimo,
Mezcla su grato olor con el aroma
De la fresca, naranja y dulce poma.

LIX.

En tanto Doroteo abre camino
Por la idólotra turba que seguía
En las orgias de Flora. Al Esquilino
Llega donde la casa se veía
Que otro tiempo habitó el cantor divino
De Eneas; en su puerta todavía
Aceptaba los cultos del Ramano
Un laurel que plantára con su mano.

LX.

Esta morada en tiempo mas tranquilo,
Doroteo compró, y aquí llevaba
La virgen para darla pronto asilo.
De sus tristes lamentos la llenaba
Demódoco; delante el peristilo
En el polvo sentado se encontraba
Cuando por medio de la sombra oscura
Avanzar dos guerreros se figura.

LXI.

“¿Quién sois? grita: fantasmas enviados
“Por las Parcas, ¿venis á arrebatarme
“A la noche del orco? ó sois llegados
“La muerte de Cimódoce á anunciarme?
“Caiga el Cristo! los templos dedicados
“Al Dios que mi hija pretendió robarme....”
“Y este Dios te la vuelve á tus abrazos.”
Le responde su hija ya en sus brazos.

LXII.

Por tierra el yelmo va de la doncella,
Y el cabello saltándola esparcido,
Se convierte el guerrero en virgen bella.
El padre pierde entonces el sentido;
La familia en su auxilio se atropella;
Vuelve en sí; mas de gozo poseído,
Apenas el misterio comprendía
Que su hija á sus brazos le volvía.

LXIII.

La jóven le halagaba, y placentera:
“¡Por fin te hallo despues de ausencia triste!
“Padre mio, yo soy; por quien primera
“Y sola vez el nombre conociste
“De hija pronunciar. No bien naciera
“Cariñoso en tus brazos me cogiste,
“De besos y caricias me colmabas,
“Y en bendecir mis dias te alegrabas.

LXIV.

“Cuántas veces, colgada de tu seno,
“Hacerte el mas feliz te prometia;
“¡Y de llanto los ojos ahora lleno!
“¿Eres tú á quien abrazo en este dia?
“¿El cielo amaneció por fin sereno?
“Gocemos, padre mio, la alegría
“Que nos dá en corto plazo, tú no ignoras
“Que de la dicha breves son las horas.”

LXV.

Este entonces: "honor de mis pasados,
"Hija mas grata que el destello puro
"Que ilumina á los Manes fortunados,
"¿Podria mi dolor contarte duro?
"¿Con qué anhelo en los sitios habitados.
"Por tí otro tiempo te busqué, y el muro
"Rodéaba sin cesar, de noche y dia,
"El muro que á mis ojos te escondia!

LXVI.

"Ay! me decia yo, su nupcial velo
"No seré quien prepare, ni el que encienda
"La antorcha de su Himén: solo en el suelo
"Pasaré vejez triste sin que entienda
"La voz de la que hacia mi consuelo!
"Cuando á mi hija abrazaba y cara prenda
"En el Atico mar, ¿quién me diria
"Que por última vez la abrazaria?

LXVII.

"¿O qué ojos me volvia enternecidos!
"¿Qué sonrisa en sus labios! ¿Era aqueste
"Su postrer sonreir? Rasgos queridos,
"Semblante donde brilla luz celeste,
"¿Os veo al fin? ¿Qué dulce los latidos
"Sentir de un jóven corazon con este,
"Con este corazon de amor gastado,
"Dé penas y conflictos acabado!"

LXVIII.

Tal del padre y la hija es el gemido:
Cuando Alcion en la ola undisonante
Ve mecer sus polluelos en el nido
Que debe tragar pronto el mar bramante,
Con ellos hace oir dulce quejido.
Doroteo los lleva á aquel instante
Donde habia dos lechos preparados,
Y al amor mútuo los dejó entregados,

LXIX.

En contar lo pasado, en paternas
Caricias y ternuras se pasára
La noche, si el Antiste de inmortales
A los piés de su hija no exclamára:
"Pon, hija mia, término á mis males!
"Hierócles ya no existe; deja esa ara
"Que sin cesar te expone á muerte fiera;
"Vuelve al culto en que niña te instruyera."

LXX.

Cimódoce á su vez se precipita
En los brazos del padre: "¿Qué terrible
"Tentacion, padre mio! ay! evita
"De probar tu hija frágil y sensible.
"El Dios la deja que en su seno habita,
"Si explicarte el amor fuera posible
"Que ha sabido poner este Dios santo
"En una hija que te amaba tanto..."

LXXI.

“¡Ese Dios que inhumano en mi hija cara
“Robarme quiso el único tesoro,
“Y á tu esposo por siempre te separa!”
“No, no por siempre perderé yo á Eudoro.
“El vivirá; su triunfo te prepara
“Gloriosa palma de immortal decoro,
“Sacra diadema de divino esmalte,
“Cuyo brillo en su esposa fiel resalte.”

LXXII.

En tanto la doncella que en su pecho
Esconde alto designio, al padre hacia
Con instancias tenderse sobre el lecho.
Receloso el anciano la temia
Perder de vista bajo el mismo techo:
Así en la acalorada fantasía
Del que sueña en la noche sueño triste
“La misma idea con la luz persiste.”

LXXIII.

En el segundo lecho se recuesta
La vírgen, y al Señor ora en secreto:
“O Dios á quien nuestra alma es manifiesta;
“Si de Vos mi designio fuere acepto,
“En esto lo sabré: con marcha presta
“Descienda vuestro ángel, dulce y quieto
“Sueño infunda en mi padre fatigado:
“Guardadle, ó Dios, de mi siendo dejado.”

LXXIV.

En alas flámeas su oracion asciende
Al trono de Emanuel: con mansedumbre
De su vírgen acepta el voto entiende.
Luego el ángel del sueño de la cumbre
Del empíreo se lanza, y raudo hiende
Por el éter inmenso, pura lumbre,
Llevando el áureo cetro con que calma
La pena que del justo turba el alma.

LXXV.

Atravesando rápido la esfera,
Se abaja á nuestro globo, dirigido
Por los gritos de lástima que oyera.
En los montes de Arcadia detenido,
Los valles, ahora yermos, considera,
Del Eden (5), y recuerda haber venido
A infundir dulce sueño al primer padre.
Cuando Dios formó de él la primer madre.

LXXVI.

Luego dirige el vuelo á la montaña
Del Libano, torrentes aplanando,
Montes, valles; se abate á la campaña
Que habitó el Patriarca venerando;
Pisa el mar que á Sidon y Tiro baña;
Y el destierro de Teucro atrás dejando,
Rodas, Creta, Sicilia luego viera
Y de Italia descubre la ribera.

LXXXVII.

Entonces por los aires se desliza
 Sin agitar sus alas; el orgullo
 De las ondas al paso tranquiliza;
 A los torrentes dá grato murmullo;
 La flor sobre su tallo se amortiza;
 La paloma dejando el manso arrullo,
 Esconde el pico bajo el ala tierna,
 El leon se adormece en la caverna.

LXXXVIII.

A los ojos del ángel consolante
 Parece Roma al fin. Oye el fracaso
 De la idólatra turba delirante;
 La deja en su locura; no hace caso
 De Galerio en su lecho vigilante;
 Los ojos de los Mártires, al paso
 Cierra con sueño plácido, tranquilo
 Y llega de Demódoco al asilo.

LXXXIX.

Su cetro sobre él tiende poderoso,
 Y sus párpados cierra al punto mismo
 El sueño mas profundo y delicioso.
 El viejo que hasta aquí en el paganismo
 Solo gustó del sueño pavoroso,
 Hermano de la muerte, que el abismo
 Con sustos y zozobra envuelto envia,
 Este sueño vital desconocia.

LXXX.

Hechizo celestial, de paz compuesto
 E inocencia que el alma recreando
 No la deja turbar sueño funesto;
 De la virtud parece vapor blando.
 El ángel del reposo no osa al puesto
 Llegar en que la vírgen está orando;
 Se inclina respetoso, deja el suelo,
 Y á esperarla en la gloria emprende el vuelo.

